



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora
DE PAPEL

El Porvenir
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 22 DE JUNIO DE 2025

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

La escapatoria sin fin

EL TAMAÑO DEL BUZÓN

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Caigo. El aire es un salmo invertido que me arrastra y mi cuerpo, desnudo y pisoteado, se precipita como un ángel que ha fracasado. No hay fin, solo la caída. El abismo no es rojo, como el fondo de El Juicio Final de Miguel Ángel, donde los condenados se retuercen en la sangre de su propia culpa. No soy uno de ellos, sin nombre, sin rostro.

Caigo. En cada segundo, una lanza atraviesa mi costado. El vértigo se convierte en un coro que entona letanías de guerra. Mis huesos crujen como estandartes rotos, y mi piel se deshilacha como el manto de Cristo en La Crucifixión de Velázquez, donde el silencio es más punzante que el clavo. El vacío me susurra con la voz de un mártir: “No hay tierra prometida para los que no creen en la paz.”

Y en la penumbra veo imágenes que no deberían estar ahí: La Piedad de Miguel Ángel, pero con la Virgen llorando sangre, sus ojos vacíos como cúpulas bombardeadas. Cristo abrazando la cruz de El Greco, pero su rostro es el mío y la cruz es un espejo. La Coronación de espinas de Van Dyck, donde los soldados ríen con mis dientes. Cada obra es un espejo de mi condena, cada pincelada una herida abierta.

Caigo y grito. No con la voz, sino con el alma. “¡Misericordia!” Pero el eco me devuelve una risa hueca, como la de los esqueletos en El triunfo de la muerte de Brueghel. El cielo está cerrado con cerrojos de oro y los ángeles han sellado sus trompetas. Solo queda el descenso, como en La caída de los condenados de Rubens, donde los cuerpos bailan una danza de desesperación.

Súbitamente, despierto. El mundo es una sábana empapada en sangre. El aire, una daga. Y el dolor... es absoluto. La espalda arde como si hubiera sido flagelada por los látigos. La frente late como si una corona de espinas se hubiera fundido con mi cráneo. Las manos, abiertas, sangrantes, como si hubieran sido clavadas a un madero invisible. Los pies, rígidos, crucificados sin altar.

Y en medio de esa agonía, solo puedo repetir:

“Señor... si esto es redención, qué será el castigo. Si esto es prueba, que se convierta, al final, en luz. No me dejes en tu olvido... no me permitas caer más.”

Y el silencio responde, como en los frescos de las catacumbas, donde los orantes alzan los brazos sin recibir respuesta. Solo queda el dolor. Y la caída.

Desconsuelo sagrado, pinturas que laten como llagas:

Caigo. No sé desde cuándo, solo sé que no hay fin. El aire me desgarras como un salmo maldito. Ya no soy carne: soy sentencia. No por orgullo, sino por desgaste. El abismo me recibe cada noche como un altar de hierro y yo soy el sacrificio que nadie pidió. Me diluyo en la gravedad, con los brazos abiertos, como en El Cristo Muerto de Mantegna. Abatido. Expuesto. Inútil.

Mi cuerpo gime como sinfonía de huesos rotos y cada hueso canta su agonía. El rostro de la Virgen en La Piedad me mira desde las alturas, pero no hay consuelo en esos huecos: son dos nubes que olvidaron cómo llorar. Estoy solo, como El Ángel Caído de Cabanel,



pero sin belleza, sin furia, sin alas.

Caigo. Y en medio del vértigo suplico. No grito, suplico. “Señor, libérame. Ya no soy tu Verbo. Ya no soy puente ni voz. Ya no soy el centinela en la muralla. Mis ojos ya no distinguen la luz del fuego. Ya no quiero cargar el mundo. Libérame. Acepto mi fracaso.”

He sostenido todo con los omóplatos heridos: esperanzas ajenas, rezos de huérfanos, promesas rotas. Fui columna, fui salmo, fui advertencia. Pero ahora... solo quiero callar. Dejar de ser figura, dejar de ser eco.

“Si este dolor es la marca de tu amor, Señor... te lo devuelvo. Si esta cruz es mía, que la recojan los justos. Ya no tengo aliento, ni fe, ni furia. Solo sed de descanso. No de gloria. Descanso.”

Siento mi cuerpo como campo de batalla. Los nervios, abiertos como pergaminos antiguos. La frente arde como si una corona de espinas se hundiera lentamente en mi carne, una espina por cada nombre que quise salvar. Mis manos... abiertas, vencidas, sangrando oraciones que ya no me pertenecen. Mis pies, trémulos, clavados a un suelo que no prometi.

“Ya no quiero custodiar este mundo”, susurré, mientras la noche me envolvía como un sudario. Que arda según tu designio. Que se cumpla el destino sin mis manos.

“Libérame, Señor. Libérame de la misión.”

De pronto, en un instante, no caigo. No me duelo. Solo soy liberado. “Te libero, Carlos; el mundo no te escucha, cumplirá mi designio”; me dice Dios.

TRABAJAR PARA VIVIR O

VIVIR PARA TRABAJAR.

OLGA DE LEÓN G.

¿Qué ha sido de mi vida! ¿Qué hice con el tiempo que tuve para vivir desde hace poco más de setenta y cinco años? Por qué viví como si el tiempo fuese eter-

no, como si nunca terminara, o por lo menos, como si me quedaran muchos años y muchas experiencias y vivencias por delante. ¿A qué hora llegué después de la última curva, hasta la recta final en la que me encuentro? Ahora, pienso que alguien debiera advertirnos de lo efímero que es el tiempo, cuando no sentimos que está pasando y nos deja retrasados u olvidados hasta de nuestra propia existencia: ¿quién soy? ¿cuál ha sido mi esencia hasta hoy... ¿Tengo alguna importancia para el mundo?, ¿alguien me extrañará cuando ya no esté aquí?

Todas las personas, llegadas a cierta edad (más de setenta años), ¿se preguntarán lo mismo que yo me estoy preguntando? O, solo somos unos cuantos a los que nos preocupa lo corto que es vivir. El resto simplemente vive y no se cuestiona, ni hace un drama del significado que tiene el hecho de vivir, con consciencia de ello, o sin consciencia de tal.

Es decir, sigo preguntándome: Trabajamos para vivir o, vivimos para trabajar. Existen personas, especialmente varones, que son, han sido y fueron durante toda su vida grandes proveedores para sus familias. Son quienes han vivido para el trabajo, conscientes de que solo así lograrían mejores niveles de vida para ellos y su familia... Son los que suelen ser considerados excelentes hijos (primero), esposos y padres (luego). Pero, alguien les ha preguntado cuán felices son por vivir y haber vivido siempre así: viviendo solo para trabajar. Y si, ¿han sido ellos felices con y por su trabajo?

El trabajo también enajena, puede ser equivalente a una especie de droga que se vuelve adictiva y, ya nunca nos preguntamos: ¿Por qué trabajamos?, ¿para qué? Y, ¿para quién? Realmente, necesitamos trabajar más de ocho horas al día?, ¿doce, o hasta dieciséis?... y, ¿solo para el sustento diario! ¿Tengan menos hijos!, vociferarán los dueños del

capital monetario, industrial y hasta de nosotros, el capital humano. Y yo, pacientemente, les contestaría: y quienes solo tienen dos hijos, e igual requieren trabajar todo el día para poder enviar a la universidad a esos dos hijos. Ellos continuarían defendiendo su punto: ¡que también trabajen los hijos!, y se auto sustenten... No les digo cómo califico a tales especímenes, porque quienes esto lean, lo saben de sobra.

Ciertamente, muy mal remunerada debe estar la jornada de trabajo, para que necesitemos dedicarle doble turno o más. La riqueza, bajo el sistema que vivimos, está muy mal distribuida, son demasiados los que viven en pobreza extrema, pobreza media y simplemente pobreza. Este mundo es de un disparate increíble. Y, no son los que más trabajan, los mejor dotados de bienes materiales, sino de capacidades y dones de resistencia.

Llevamos a nuestros hijos -los que tenemos la capacidad de hacerlo- a que aspiren a mayores niveles de estudio, grados por encima de la licenciatura, e incluso de la maestría, a doctorados y postdoctorados. ¿para qué?: para que una vez graduados tengan acceso a mejores niveles de ocupación laboral y mayor grado de creatividad de los que nosotros tuvimos; y, así, puedan vivir con mayor nivel económico, sin enajenarse solo trabajando todo el día.

Y, ¿qué ha sucedido, ¿lo logran? Muy medianamente. Porque no son dueños de nada más que de su cerebro, sus ideas y su creatividad; y eso no lo pagan, porque no es tangible ni se les da la oportunidad totalmente abierta, para demostrarlo... Siguen siendo materia prima en manos de los dueños del capital, empresas, industrias, instituciones de cualquier índole, aunque sean mediocres y de poca inteligencia, los dueños del capital y del poder. Así es, pero ellos son los que tienen el poder.

Me cansé de ser, y de no ser, a través del trabajo. Este solo debe servirnos para vivir, aunque las más de las veces, solo nos ayuda a sobrevivir. Hasta el momento en que nos damos cuenta de que la vida se nos fue, se nos está yendo; y, prácticamente, no hemos vivido ni la tercera parte de lo que anhelábamos vivir hace más de cincuenta años.

Como conclusión o corolario, me queda decir, algo que me da gran satisfacción: Enseñé a mis alumnos a saber vivir y trabajar específicamente para mejorar su nivel económico, moral y cognitivo. He podido ver -en algunos que supieron escucharme y aprender no solo lo dicho educativa y académicamente- que los consejos que les di durante la clase, los pusieron en práctica: y, superaron a la maestra, pues se transformaron en mejores hombres y mujeres en todos los sentidos.

Un caso ejemplar de eso, lo son muchos, si no todos, de los alumnos normalistas, que en poco más de quince días festejarán sus cincuenta años de haber concluido los primeros estudios profesionales que realizaron. Los primeros, porque como les aconsejé, siguieron estudiando y ascendieron del grado de Maestros de Normal básica: La Generación 71-75 de la Normal Nuevo León. Gracias por mostrarme que mi trabajo dio frutos

de las personas cercanas al músico. El detective hace su trabajo avanzando despacio. Bebe whiskey, admite que Francisca es hermosa pero nunca hablaron del famoso adelanto que reciben los detectives al iniciar. Entonces busca a mamá para que le preste dinero. La madre generosa siempre lo saca de apuros. Uno de los amigos de Chucho le hace una revelación que lo lleva a un famoso bar de San Ángel. Aquí la novela sube decibeles. Desde luego, no será yo quien arruine ese momento que está usted esperando tanto como saber quién es esa tal Manuela que tan bien se mueve en lo seco y en lo mojado.

En los últimos capítulos, Hinojosa nos presenta la parte álgida del drama. El detective Sanabria demuestra que es valiente.

Cornelio lo acompaña y resulta ser un buen Doctor Watson. Como usted sabe, todo detective privado debe tener un contacto dentro de la policía, y Sanabria lo tiene. Le va a encantar lo que viene a continuación, solo le diré que ya estamos en el capítulo 90 y la cosa está que arde. Lean Informe negro, vale mucho la pena. Les adelanto que el sentido del humor de Francisco Hinojosa campea a lo largo de la novela. Un detalle que se agradece en este mundo donde tanto truenan pistolas como misiles y Barret y Ak nomás. Saludos.



Hans Fallada

(Rudolf Ditzgen; Greifswald, 1893 - Berlín, 1947) Narrador alemán que reflejó sin partidismos, pero con sensibilidad, los acontecimientos de la historia: su protagonista es el hombre de la calle, en particular el desheredado y el desposeído de sus derechos. Hijo primogénito de un juez, era tan tímido en la adolescencia que no logró aprobar en los exámenes de aptitud; cambiados los estudios, pasó a un instituto agrario. Desempeñó diversas ocupaciones en calidad de perito agrícola y contable; fue también guardián nocturno, comerciante de cereales y agente de publicidad.

Tras la Primera Guerra Mundial se estableció en Berlín y empezó a escribir; actuaba asimismo como traductor y periodista. En 1929 asistió como corresponsal de un periódico al famoso "proceso de los campesinos" de Neumünster; la información acerca de éste dio lugar a la novela Campesinos, pájaros gordos y bombas (Bauern, Bonzen und Bomben, 1930), que le valió gran notoriedad. Su novela más afortunada, Y ahora, ¿qué? (1932), le procuró luego fama internacional.

Tras el éxito financiero de sus libros, Hans Fallada adquirió en Mecklemburgo una pequeña propiedad, que cultivó él mismo con su familia. Manteniendo al mismo tiempo su dedicación a la literatura, escribió todavía unas doce novelas, ninguna de las cuales igualó la acogida de los anteriores, y un tomo de recuerdos autobiográficos. El trastorno provocado por la derrota alemana de 1945 le llevó de nuevo a Berlín. Una grave enfermedad le indujo a buscar alivio en calmantes y somníferos, cuyo abuso le ocasionó la muerte. En realidad, disfrutó de una fama superior a sus verdaderos aciertos artísticos; con todo sus novelas, de un realismo fácil y con un lenguaje conscientemente descuidado, reproducen fielmente la vida alemana del período de entreguerras.

Elmer Mendoza

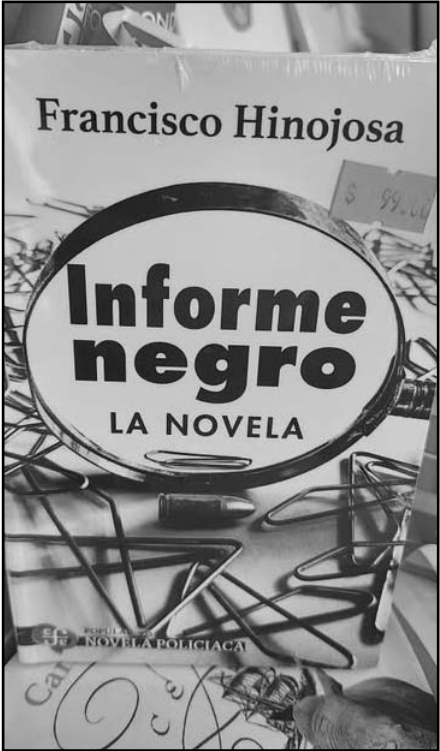
Informe negro, de Francisco Hinojosa

En 1987, Francisco Hinojosa publicó un libro que contenía el cuento "Informe Negro", una sorprendente pieza de 100 brevisimos capítulos que de inmediato le ganó el respeto de los lectores de novela negra. Muchos años después decidió trabajar el texto hasta convertirlo en novela. Autor meticuloso, que además es capaz de escribir más de una historia a la vez, consiguió su objetivo y nos volvió a sacudir con el primer caso del detective Tomás Sanabria. ¿Qué hizo? Desarrolló cada minicapítulo hasta crear las atmósferas necesarias para la metamorfosis. La novela se titula también Informe Negro y fue publicada por el Fondo de Cultura Económica, en octubre de 2024 en la Ciudad de México.

Sanabria tiene algo similar con Don Quijote, "a Tomás se le embotó la cabeza de tanto leer novelas policiacas", afirma Hinojosa, y señala a algunos autores de una biblioteca especializada donde destacan Rafael Bernal, Manuel Vázquez Montalbán, Agatha Christie y Dashiell

Hammett, entre muchos. Sanabria es un hombre maduro, un protegido de mamá que renuncia a su trabajo en una fábrica de clips, revisa la Constitución y no encuentra nada que le impida autonombrarse detective; entonces se hace una credencial, convierte la sala de su departamento en oficina, pone un anuncio en El Universal, se bebe un vaso de whiskey y espera su primer cliente. Mientras llega va a una cantina de la que es más o menos asiduo, le cuenta al dueño de su nuevo oficio, le dice que anda tras una asesina y le muestra una foto antigua de su madre, una señora que vende bufandas y siempre lo saca de apuros. En ese lugar, Cornelio, un visitador médico, se quita la sed cotidianamente, también mira la foto y conserva una tarjeta. Tomás siente que ha empezado correctamente pero nadie llama.

Está en esa reflexión cuando tocan a la puerta. Es Francisca, una belleza que fue su hijastra años atrás. Le cuenta que mataron a Chucho, su novio, un chico



que tocaba en un grupo de jazz y trabajaba en un taller mecánico. La chica está atemorizada. Ha recibido un telegrama que es una amenaza y sin invitación se queda en la casa del detective aunque a él no le gusta la idea, algo que a Francisca la tiene sin cuidado y le pasa los nombres

ad pèdem literae

No podemos hacer la historia, sino sólo esperar a que se desarrolle.

Otto von Bismark

Letras de
buen humor

Con las leyes pasa como con las salchichas, es mejor no ver como se hacen

Otto von Bismark